

rá. A las que me ha hecho sólo les falta el curare, pero mejor que no se lo pongan; el accidente podría quedar al alcance de la mano, no se me olvida que un simple raspón sería suficiente para morir. La cerbatana es un precioso trabajo de artífices. Procede del corazón de un durísimo palo negro, llamado mamita. Se cortan dos secciones de 2,60 metros o más, para formar con ellas un tubo que empalme perfectamente; esta parte del trabajo requiere especial cuidado....

Lo siento, pero este tipo de libro me aburre infinitamente. Me declaro incompetente para gozarlo y más para juzgarlo. Si este fuese un libro de antropología, me digo, pase. Acaso me gustaría, porque iría a él con otros ojos. Simplemente cayó en mis manos porque todos, no sólo yo, caímos en la trampa de creer que se trataba de una novela. Yo prefiero encajonarlo, como lo hizo Pablo Montoya en la revista *Piedepágina* en el género *Diario* o en *Viajes* o en *Antropología*. Es más, me aburren los libros de antropología y desconozco casi por completo el tema. No puedo relacionar este libro con ningún otro que conozca al respecto. Ni siquiera sé cuáles son las principales tribus indígenas que pueblan el sur de nuestro país y mis únicas referencias son apenas literarias. Reconozco mis limitaciones porque puedo ser muy injusto con un autor simplemente porque el tema no me agrada (aunque si pienso en Rivera o en Castro Caycedo me declaro fanático de las novelas sobre la selva), pero estas eran novelas de aventuras, como las de Julio Verne, como *La jangada*, como *El soberbio Orinoco*, que a pesar de su lado instructivo se dejan leer como novelas. Claro está que pienso en el barón de Humboldt, en el general Rafael Reyes, en Rivera, en Arturo Echeverri Mejía, en Juan José Hoyos, en Jorge Gaitán Durán (otro diario que no funciona como novela), por mencionar sólo a algunos nacionales, excluyendo a otros famosos como Vargas Llosa y Carpentier, que han escrito

sobre estas selvas y aldeañas y se me antoja que todos ellos han presentado libros muy disímiles y visiones del todo antitéticas.

La visión de Mächler, poco y nada tiene de novelística. Sí de diario antropológico y sí de manual de instrucciones de uso de todo. Aquí no hay ni un accidente fatal, ni un furioso ataque de pirañas, ni malaria, ni un episodio de guerrilla, ni un corazón de las tinieblas, ni siquiera a los protagonistas se los traga la selva. No. La corriente del río es lenta... y, al menos para mí, que estaba buscando emociones, aquí no hay ninguna. Por supuesto no quiero decir que el libro sea malo, sino que en mi caso no funciona como novela. Supongo que su interés científico será enorme y que puede tener buen mercado en Francia, donde se leen y estudian a profundidad cosas como ésta, muy del gusto de los franceses. Pero zapateo, por favor, a tus zapatos.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



Ladrillo, ladrillo, ladrillo

Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos

José del Rey Fajardo, S. J.
Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Colección Biblioteca del Profesional, Bogotá, 2006, 796 págs.

Nunca había tenido oportunidad de referirme a las bibliotecas de las comunidades jesuitas. No me refiero a las bibliotecas públicas ni a las universitarias, que también las tienen y muy buenas. No solamente el azar, sino una no demasiado escondida pasión de bibliófilo me ha permitido echar vistazos no por rápidos menos interesantes a varias de estas bibliotecas ocultas, diseminadas por el mundo entero. No solamente la de la Universidad Javeriana, sino la de la Gregoriana en Roma, la preciosísima de Chantilly en Francia o

la de la comunidad en Montpellier, en la que descubrí la enciclopedia más asombrosa que haya visto en mi vida, un tratado en no sé cuántos espesos volúmenes, dedicado en exclusiva al estudio de la Santísima Trinidad.



He tenido grandes amigos bibliófilos entre los jesuitas. Disfruto los libros eruditos del padre Félix Restrepo, así como los de mi amigo Manuel Briceño Jáuregui, y varias veces tuve amenas conversaciones literarias con el padre Augusto Ordóñez, fallecido recientemente.

El propósito confeso de este libro es "ofrecer una información precisa sobre los miembros de la Compañía de Jesús que laboraron en tierras neogranadinas desde 1604 hasta 1767". Esto es, añadido, desde su llegada al país hasta su expulsión durante el reinado de Carlos III. Pero la pretensión de tratarse de un libro con interés para el lector no especializado es apenas eso: una pretensión. El deseo del autor, sincero sin duda, de haber contribuido con un libro a la historia de la formación de la colombianidad se queda en eso, en un mero deseo.

No digo que no se deba escribir un libro como éste. Cada quien tiene todo el derecho a levantar el mapa de sus ancestros, más aún cuando se trata de una comunidad religiosa con pretensiones de haber edificado uno de los más grandes imperios, aquel al que Leopoldo Lugones llamó, acertadamente, el imperio jesuítico. El padre José del Rey Fajardo se habría limitado, en

su modesta autopresentación de este eruditísimo catálogo, a completar la obra titánica y silenciosa del padre Juan Manuel Pacheco, una especie de Rufino José Cuervo de la historiografía jesuita, autor de un enciclopédico *Los jesuitas en Colombia*, quien a su vez aspiraba a completar, para la Nueva Granada, la obra que el sapientísimo Sommervogel había emprendido para Europa (apenas un cinco por ciento de los jesuitas de esos tiempos no fueron europeos y la mayor parte de estos fueron latinoamericanos) y de la extensísima *Bibliographie* de László Polgár, que ya es, pero sólo para mí, una verdadera curiosidad, por cuanto se trata del tercer László Polgár con el que me tropiezo. El segundo es un célebre cantante operístico y el otro, el más interesante a mi modo de ver, es un profesor húngaro —al que en alguna ocasión tuve la oportunidad de llevarle a conocer la ciudad de Medellín— que profesa que los genios no nacen sino que se hacen y lo demostró con sus tres hijas, a las que convirtió en las mejores jugadoras de ajedrez de toda la historia.



Este es un diccionario biobibliográfico, pero nada más que eso. Aquí no hay historias ni anécdotas, ningún dato simpático, ni sublime o ridículo. Se parece más a un directorio telefónico que a otra cosa. Creo que sería demasiado pedirle a cualquier persona normal que se lea esto. A lo sumo, que lo consulten los historiadores pero apenas como referencia para buscar en otro sitio. Esto no amerita estar en la biblioteca de

ningún profesional. Es un libro de consulta, y sólo para jesuitas. No creo que le interese a un historiador, ni siquiera a un antropólogo o a un etnólogo. Ni siquiera sirve para un regalo de última hora.



La única razón por la cual empecé a leer este libro fue la que nos impulsa a veces a los ilusos a descubrir la aguja en el pajar. Me animó el hecho de haber encontrado en una apresurada primera ojeada que hay en la historia de la literatura colombiana un Bukowski bohemio y un Burckhart, como el célebre historiador, quien murió ahogado en el Orinoco luego de componer una docta comparación entre las lenguas orinoquenses con el griego y el hebreo. Pero eso es todo. Expurgué inútilmente durante días, en una de las labores más estériles que se puedan imaginar. Consulté los nombres que me decían algo: fray Juan de los Barrios, quien no tiene nada que ver con su homónimo primer arzobispo de Bogotá, el mismo que supuestamente trajo a la Catedral los restos de santa Isabel de Hungría: otra historia que me ha quemado las pestañas y de la que poco o nada más he podido averiguar. El fray Diego de Torres que aparece aquí tampoco tiene nada que ver con el fundador del Colegio del Rosario; más bien es el fundador de algo mucho más importante, la Reducción del Paraguay. Repasé las notas biográficas de san Pedro Claver, de Hernando Domínguez Camargo, nuestro gran poeta barroco (apenas un brevísimo párrafo), de Ignacio Duquesne, de José

Gumilla, el célebre autor de *El Orinoco ilustrado*, de Baltasar Mas Burgués, curioso apellido y muy apropiado para el fundador de la Universidad Javeriana, dato que apenas si se menciona aquí. Apenas hacia el final, aparece la quizá única aguja en el pajar, el padre Pedro Zabala, quien tuvo papel principal en un olvidado episodio del siglo XVIII: las tierras ocupadas por los libertos negros de San Lorenzo de las Minas, a quienes reubicó finalmente en las tierras que los jesuitas poseían en el cerro de El Tablazo.

Este libro me recuerda esas viejas enciclopedias del siglo XIX que no tienen pudor ni recato y que no expulsan de su seno ni al más mediocre de los mediocres y que dicen por ejemplo:

Iribarren, Joaquín. Político, estadista, escritor, jurisconsulto y diplomático nicaragüense, muy conocido en su país, autor de numerosas obras literarias, jurídicas y críticas gracias a las cuales goza de merecida fama. Autor de «Cación cristiano político», «Comentarios a Aristóteles», «Manual de literatura general», «El mito de la patria», «Anatomía descriptiva», y de una tragedia notable: «La desgracia de tener demasiado ingenio», en la que critica la sociedad de su país...



Aquí la cosa es aún peor, sólo que los títulos son aún más abstrusos y el problema se agrava si consideramos que se trata de obras casi en su totalidad manuscritas, teniendo en

cuenta que la imprenta apenas fue introducida en la Nueva Granada en 1737, y en su mayor parte de cartas, cuya recensión ocupa la mayor parte del libro.



Los temas de estos textos, en el censo del autor, son en su orden: retórica, historia, literatura, filosofía, gramática, diccionarios y matemáticas. Uno se pregunta si existe alguna gran obra histórica jesuita aún no publicada. La respuesta es dudosa. Quizá valdría la pena elaborar una antología de textos cortos en alguno de los temas, pero aquí no hay ni trazas de aquello. Yo sospecho que lo más valioso que está escondido en esos archivos ignotos, si es que aún existe, es el material relativo a las lenguas indígenas y a sus traducciones, que debería interesar a etnólogos y antropólogos del futuro.

Hay poca información sobre las misiones en las selvas (Casanare, Orinoco), esas mismas que en el Paraguay llegaron a convertirse en leyenda y en uno de los más graves problemas de orden público para la Metrópoli. Acerca de las misiones del Casanare encontramos mucha más información en los escritos del barón de Humboldt que aquí.

Es bien sabido que para los jesuitas la ganancia del cielo no lo es todo. Su labor en la tierra para ganar adeptos a la fe y, no solamente eso, sino para educar a los pueblos todos, es digna de estima terrenal y como tal debe dejar huella. No es vanidad. Los jesuitas son enterrados donde mueren, sin parar mientes en los ruegos de sus familiares. Su vida mate-

rial se extinguió. Pero su legado espiritual debe perdurar. O, al menos, es la impresión que me produce este libro, debe quedar un registro de ello, por pobre que sea. Así como se recuerdan los nombres de los santos de cualquier comunidad, deben recordarse los nombres de los miembros de ese ejército de soldados de la fe, no por hoy olvidados menos importantes.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



Documentada y emotiva biografía

Nelson Pinedo.

El Almirante del Ritmo

Fausto Pérez Villarreal

La Iguana Ciega, Barranquilla, 2006, 220 págs.

Cómo un cachifito nacido en Rebolo —que como sus compañeros de barriada se bañaba en los arroyos y en los caños curramberos y a quien su padre músico no reconoce, pero su padastro zapatero le da el apellido y los estudios hasta cuarto de bachillerato—, pasa primero de pelao patalarga pateador de pelota de trapo en las calles arenosas de San Roque, Las Nieves, Simón Bolívar y Chiquinquirá —porque a las *líneas* de esos barrios les daba miedo jugar en Rebolo— a simple y rutinario empleado de banco que cuenta billetes ajenos y, después, a la vuelta de unos cuantos años, se convierte en una de las estrellas con luz propia —que cuenta plata ídem— de esa constelación melodiosa que fue la Sonora Matancera de los años cincuenta, toda esa trama, en fin, tan amarga como alegre constituye, sin duda, la materia idónea para una novela, una biografía o una película con trazos de epopeya, comedia, melodrama y final feliz.

Pero entre nosotros nadie le vio la importancia hasta cuando, en 1987, el periodista Fausto Pérez

Villarreal, que había crecido al compás de la fascinación que le proporcionaban las audiciones musicales de su padre —matancerómano crónico para quien Nelson Pinedo eran lejos el mejor vocalista del Caribe colombiano en canciones tropicales—, en una tertulia de El Heraldo conoció a Napoleón Barranco Fedullo, nombre de verdad del cantante, y recordó el encanto cálido de sus canciones y decidió que él tenía que contar esa historia que andaba por el mundo como “un corazón sin puerto que navega en el mar de la ilusión o barco que ha perdido su timón extraviado en las olas encrespadas cual un despojo de la vida” en busca de un autor.



Entre la decisión inicial de escribir la biografía y la publicación del libro transcurrieron diecinueve años en los que Fausto se graduó de comunicador social, engendró dos hijos, trabajó en diversos diarios de la costa Caribe, se ganó tres premios nacionales de periodismo y uno regional y publicó seis libros en solitario y dos en coautoría en los que se aproxima, desde diversos géneros, a los dos temas que lo obsesionan desde los albores de su producción periodística: el deporte, en especial el boxeo, y la música popular del Caribe colombiano y del Gran Caribe. Una de las entrevistas de Fausto, a cuatro manos con Deibis Redondo, la que le hizo al torero César Rincón, fue seleccionada por Daniel Samper Pizano para su *Antología de grandes entrevistas colombianas* (2002).